

con aquel hallazgo atraillaron al punto al buen mozo, y lo llevaron en direccion de la puerta de San Vicente. Al pasar por el palacio de Godoy, vió una muger que desembocaba por doña María de Aragon; el buen mozo lanzó un suspiro y la muger á toda carrera se precipitó en su seguimiento: esta muger era Dolores. La pobre jóven corrió mas que sus pocas fuerzas permitian, pero cuando llegó á la puerta del cuartel de San Gil, Manuel habia traspasado su umbral. En valde rogó á los soldados; se mantuvieron inflexibles, y se vió obligada á retirarse, pero firmemente resuelta á penetrar en aquel recinto aunque le costase la vida.

Con los ojos turbios de lágrimas y el corazon lleno de angustia se presentó á las autoridades, que se hicieron sordas á su voz: entonces concibió el proyecto de arrancar una orden al gran duque, no para salvar á su amante, sino para verlo, probarle que era pura y morir unida con él.

Encontró Manuel á su llegada una porcion de prisioneros, dispuestos á sufrir su suerte con mas ó con menos valor. Habian sido cogidos los unos en lo mas recio del combate, y los otros por las patrullas que recorrian la poblacion. Todos esperaban la muerte y saludaban al que llegaba como los mártires de roma al

cristiano que bajaba á sus calabozos, ó como los gladiadores al Cesar: *Cesar, morituri te salutam*. Manuel les devolvió el saludo con una sonrisa muy amarga; no por él que miraba con desprecio á la muerte, sino porque muchos de aquellos iban á dejar tristes viudas y tiernos hijos en la orfandad. (1)

Muchos de aquellos prisioneros conocian al bizarro Manuel, y á su vista sintieron una confusa mezcla de satisfaccion y de dolor. Se alegraban de tener entre ellos á un hombre rico de valor, que los animase con su ejemplo y consolase con sus discursos; pero al mismo tiempo sentian ver cegar en flor una vida que daba grandes esperanzas. Manuel correspondió con pena á las caricias de sus amigos, y retirándose á un lugar mas apartado y mas oculto se entregó á serias reflexiones. Las palabras de los de-

(1) Domingo Braña, como de unos 44 años, natural de Candanosa, concejo de Valdés, parroquia de San Sebastian de Barica, hijo de Pedro, casado con Francisca Calbin, parroquiano de esta iglesia, que vivia calle de la Concepcion Gerónima, núm. 16; falleció de muerte violenta el dos de mayo de 1808, cuyo cadáver se encontró, entre otros, en la montaña llamada del Príncipe Pio; y reconocido por varias personas fidedignas, como consta por certificacion de D. Julian Navarro, teniente primero de la real parroquia de San Antonio de Padua, en la que se halla sepultado; su fecha 24 de dicho mes y año. O orgó declaracion de pobre en 15 de febrero de 1804, ante Martin Manuel Hermida, escribano de S. M.: instituyó por sus herederos á Josefa y Francisca Braña y Calbin, sus dos hijas legítimas y de la dicha su muger, y á los demas que tuviere durante su matrimonio. Enterróse en el cementerio de dicha real parroquia; no dió nada á la fábrica de esta: y lo firmé, como teniente mayor.—D. José Rico.

mas presos le habian hecho conocer la suerte que les reservaban sin duda, y el buen mozo temia la muerte, porque le impediria cumplir la última voluntad de Daoiz.

Mientras meditaba el prisionero, llegó Dolores á la puerta de dicho cuartel de San Gil, y sin vacilar un instante pasó el umbral: el centinela se apresuró á cerrarla el paso; pero la jóven lo miró con un arrogante desden, presentándole al mismo tiempo la órden que le diera el gran duque. El soldado se cuadró al verla, llamó al instante al cabo de guardia, que se quedó mas admirado, éste dió parte al oficial, que la releyó varias veces, y que no pudiendo pedir á Dolores esplicacion de ninguna especie, por no entender el castellano, la acompañó galantemente hasta la puerta de la sala donde estaban los prisioneros.

Todos quedaron admirados al ver presentarse á Dolores, los mas de ellos la conocian y se esplicaban su venida por su pasion á Manuel: pero se confundian mas y mas queriendo adivinar los medios de que habria logrado valerse para llegar hasta aquel sitio. La jóven cruzaba los grupos con solícita curiosidad; pero no desplegaba sus lábios para contestar á los saludos que de todas partes la dirigian: aquellos saludos eran tristes, eran solemnes despedidas que la hacian unos moribundos prontos á

bajar á la tumba. Detuvo su rápido pasó á la vista del deseado objeto, y acercándose de puntillas dijo con voz dulce.

—Manuel.

El buen mozo levantó la cabeza con un movimiento convulsivo, y dando á su fisonomía una espresion de cruel sarcasmo, dijo con acento glacial.

—¿Me perseguirás hasta la tumba?

—Hasta la tumba: has dicho bien. Mirame, Manuel, con atencion, ¿la que ha perdido su hermosura, su alegre sonrisa y su salud por un hombre, no debe seguirlo hasta la tumba? ¿La que ha sido por él rechazada y viene á buscarlo á un calabozo, no debe seguirlo hasta la tumba? ¿La que ha sido por él ofendida y le perdona, no debe seguirlo hasta la tumba?

—¿Qué quieres, Dolores, de mí? dijo Manuel enternecido.

—Tu bendicion.

—Tómala y huye; dijo Manuel alzando el brazo. Tómala y huye á donde mis ojos no te vean, á donde no escuche tu acento, á donde no me vuelvas loco con el fuego de tus miradas.

—Gracias, Manuel, por tu bendicion; pero si me la has concedido para que me aleje de ti, maldíceme mil y mil veces, porque como me has dicho antes, yo te seguiré hasta la tumba.

—¿Qué dices, Dolores?

—La verdad. Al pedirte la bendicion te iba á pedir que me perdonáras ; pero reflexioné que el inocente está perdonado ante Dios.

—¿Tú inocente?

—Como los ángeles que adoran á Dios en las alturas.

—Pruebas, Dolores , dame pruebas.

—Si no te bastan mis juramentos , aqui las tienes indudables.

Dolores sacó de su pecho el segundo pliego que habia hecho escribir al gran duque , y se le presentó á Manuel ; el buen mozo leyó lo siguiente :

“Declaro que en la noche del 8 de abril de 1808 , y en combinacion con una bruja , á quien llaman señora Teresa , procuré por medio de prodigios fascinar á una pobre jóven, llamada Dolores ; pero su virtud , ó mas bien su amor á Manuel , fué mas fuerte que todas nuestras asechanzas , y dejó burlada mi soberbia.»

—¡Dolores , Dolores ! exclamó Manuel arrodillándose.

—Aun te falta volver la hoja.

—Veo la esplicacion del enigma y no necesito leer mas.

—Te ruego que vuelvas la hoja.

Manuel la volvió , y mas asombrado leyó :

—“Joaquin Murat , gran duque de Berg.»

—El gran duque de Berg me ofreció montañas de oro, y el gran duque quedó humillado. Sus amenazas y sus ruegos fueron inútiles, lo mismo que lo hubieran sido las de su cuñado Napoleón.

—Perdon, Dolores.

—Sí, Manuel: mucho tendré que perdonarte. He desvanecido tus sospechas; ¿quién desvanecerá las mías?

—Yo, Dolores, con una palabra. El día 24 de marzo en la noche, llevé á Aranjuez una carta del conde de Montijo para una italiana, camarista de la reina de Etruria. El conde me encargó el secreto.

—Ya estoy satisfecha, Manuel: ya podemos morir los dos juntos.

—No, no es posible que tú perezcas. Tendrían compasion los verdugos de tu juventud y de tus gracias: seria yo capaz de devorarlos antes que tocaran á tu ropa, que te cortaran un cabello. ¿Pero por qué causa, Dolores, te encuentras aqui?

—Por qué causa? ¿No te la dice tu corazon?

—Sí, Dolores: deseabas darme el último adios y endulzar los instantes de mi agonía. ¿Pero de qué medio te has valido?

—He conquistado, Manuel, una órden del gran duque de Berg y Cleves para penetrar hasta aqui.

- ¿No estás presa?
- Lo mismo tiene.
- ¡Oh! dime, por Dios, que no estas presa.
- No lo estoy, Manuel, no lo estoy.
- Gracias, Dios mio: ya me es dado morir tranquilo.
- ¿Qué tienes, Manuel?
- Una alegría que casi me turba la razon. Tenia un peso sobre mi conciencia que me estaba martirizando, un peso que me hubiera hecho llevar la cabeza inclinada, mas ya podré llevarla erguida, porque cumplirás, Dolores, lo que yo no puedo cumplir.
- Habla, Manuel.
- Te acuerdas de la entrada de Joaquin Murat?
- La recuerdo.
- ¿Te acuerdas de un capitan de artillería que yo te enseñé?
- D. Luis Daoiz.
- Pues bien; ese bizarro capitan ha muerto en mis brazos.
- Lo sé. Te ví sostenerlo moribundo sobre un cañon.
- No murió allí. Lo conducimos á su casa, y en ella dió su último aliento. Mas antes de espirar, Dolores, qué angustia, qué mortal fatiga. Quería hablar, y no le era dado; sus ojos fijos en un objeto lo dovoraban con afan,

y yo, que leía su pensamiento, conseguí al cabo adivinar que solo ansiaba poseerlo. Cuando lo tuvo entre sus manos, lo aplicó, lleno de alegría, á una de sus muchas heridas, y despues de haberlo empapado en su sangre tibia, lo envolvió en este pañuelo de batista, que ves desgarrado y sangriento. Envuelto en él, me lo entregó, creció la agonía del capitán, que hacia singulares esfuerzos y sufría terribles convulsiones: mas abriéronse de repente sus cárdenos labios, y exclamó: “á ella.»

—¿Y no dijo mas?

—No, Dolores.

—¿Y cómo lo sabes?

—Todo lo sé, y tú los sabrás muy en breve: pues como te he dicho, cumplirás lo que yo no puedo cumplir.

—Ten compasion de mí, Manuel: pídememe mi vida, mi alma, pero no me pidas, por Dios, que me aleje de tí un instante.

—Es indispensable, Dolores.

—¿No ves que si salgo de aquí, no podré volver á tu lado?

—Es indispensable, Dolores.

—Por mas que me ruegues, Manuel, no me separaré de tí.

—Si tú no estuvieras á mi lado, y en e momento de espirar confiara á un amigo una

prenda para que la pusiera en tus manos, y despues de haberlo prometido dejara de cumplir su promesa, ¿qué harías, Dolores?

—Maldecirle.

—Y si yo supiera en la tumba que habia faltado á su palabra, ¿qué haría, Dolores?

—Maldecirle.

—¿Y tú quieres que me maldiga el capitán Daoiz desde el cielo, y su amada desde la tierra?

—Manuel.

—Méditalo, Dolores.

La jóven parecia entregada á profundas meditaciones; pero en realidad una idea fija estaba ocupando su mente, el próximo fin de Manuel. ¿La muger que tanto prestigio habia ejercido poco antes sobre el generalísimo francés, no podria conseguir fácilmente el perdón del que tanto amaba? Cuando el gran duque de Berg, la dijo: «Amadme, Dolores; amadme y le concederé la vida» y cuando añadió: «Señora, olvidad á ese hombre y la concederé la vida.» Respondió: «Silencio, gran duque, silencio. No vengo á pedir un favor al enemigo de mi patria, ni quiero arrebatár un mártir á la causa de la independiencia;» pero ahora que habia conquistado de nuevo el ardiente amor de Manuel, ahora que lo encontraba próximo á sufrir la muerte y veía rom-

perse sus hermosos sueños de ventura, se amenguaba su noble orgullo y se arrepentía de no haberle salvado antes.

—¿Lo has meditado ya, Dolores? preguntó el buen mozo.

—Manuel, replicó la jóven con voz dulce; ¿quierees que te salve la vida?

Manuel se sonrió tristemente.

—No muestres incredulidad, prosiguió diciendo la jóven. ¿Quiéres que te salve la vida?

—Solo Dios puede conservármela.

—Y yo quizás.

—¿De qué manera?

—Pidiendo al gran duque tu perdon.

El buen mozo frunció la frente, y dijo con voz sorda y airada:

Si yo supiera que otra vez osabas acercarte al gran duque, te retiraria mi bendicion.

—Pues esperemos la muerte....

Dolores se dejó caer sobre un banco, Manuel la contempló en silencio por espacio de algunos segundos, y apoderándose de su mano, en la que estampó un ardiente beso, la dijo:

—Animo, Dolores. ¿Te has olvidado de mi encargo!

—¿De tu encargo?

—Del de Daoiz.

—Ya me acuerdo, Manuel, me acuerdo; del que nos obliga á separarnos.

—Ya son las nueve de la noche, y es indispensable cumplirlo.

—Se cumplirá, Manuel; tú lo quieres, y es justo llenar tu deseo.

—Pues escúchame con atención. Te dirigirás inmediatamente á la calle de L..., número 6, cuarto segundo; preguntarás por doña Elisa Tellez, que no te se olvide su nombre, y la verás á toda costa. ¿Has comprendido bien las señas?

—Sí, Manuel.

—Repítelas, Dolores.

—Calle de L..., núm. 6, cuarto segundo: doña Elisa Tellez.

—Muy bien. Ahora recibe con respeto este pañuelo ensangrentado, que guarda el sagrado depósito.

Dolores recibió el pañuelo, y besó la sangre del mártir: Manuel prosiguió con voz solemne.

—Cuando te encuentres en su presencia la dices estas solas palabras: «*El capitán don Luis Daoiz ha perecido defendiendo la independencia nacional, y herido por cien bayonetas francesas: su última palabra fué A ELLA, dando para vos este legado.*

—¿Nada mas la digo?

—Nada mas; y pones el pañuelo en sus manos.

—¿Y nosotros, Manuel; y nosotros?

—Arrojate en mis brazos, Dolores.
 La jóven se precipitó en ellos, repitiendo
 con agonía.

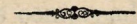
—¿Y nosotros, Manuel; y nosotros?

—Nos despedimos hasta el cielo.



A las ocho y media de la noche estaba Elisa
 Tellez en el mismo sofá y salón en que la he-
 mos visto otras veces. Su bello rostro estaba
 tan palido como una azucena marchita, y sus
 inflamados ojos mostraban que había llorado
 mucho aquella noche. Hechizada en los alim-
 habanos de brocado, no hacía ni el mas leve
 movimiento; pero su respiracion atansosa, la
 presentaba bajo el peso de una laneta pesa-

CAPITULO XXXIV.



El legado.



A las ocho y media de la noche estaba Elisa Tellez en el mismo sofá y salon en que la hemos visto otras veces. Su bello rostro estaba tan pálido como una azucena marchita, y sus inflamados ojos mostraban que habia llorado mucho aquella noche. Reclinada en los almohadones de brocado, no hacia ni el mas leve movimiento; pero su respiracion afanosa, la presentaba bajo el peso de una funesta pesa-

dilla. La mampara del salon se entreabrió, y apareció Joaquin Murat.

Tan absorta se encontraba Elisa, que no oyó el ruido de la puerta ni el de los pasos del gran duque: éste se aproximó al sofá, y creyéndola quizá dormida, murmuró muy quedo.

— Señora.

A esta voz se estremeció Elisa, é incorporándose de repente, exclamó:

— ¡ Ha venido, Dios mio; ha venido, y esperaba que no viniese!

— ¿ Sueña V. todavía, señora?

— No lo sé, monseñor; no lo sé.

— Tranquílcese V., hermosa Elisa; ó quizás con mas razon despiértese.

— ¡ Oh! mis ensueños son terribles.

— ¿ Ha llorado V.?

— He llorado; lágrimas muy amargas, gran duque.]

— Está V. pálida.

— Me persiguen sangrientos fantasmas, monseñor.

— ¿ Sangrientos fantasmas?

— Y hoy..... ¡ Dios mio! he padecido tanto hoy.

— Tranquilecese V., hermosa Elisa.

— Tranquilizarme: á cortos intervalos es-
cucho descargas.

— Elisa: esas descargas nada importan.

— Y hoy. ¡Oh! se me eriza el cabello, Convertida la poblacion en sangriento campo de batalla, no habia seguridad.

— ¡Elisa!

— Monseñor, mirad el tablero de esa puerta-ventana, una bala lo atravesó y vino á clavarse en el muro por encima de mi cabeza.

— ¿Es posible?

— Aquí teneis el plomo incrustado en esta pared.

— Con razon se asustó V., Elisa; pero pasado aquel peligro, debemos ocuparnos solamente de nuestro amor.

— ¡De nuestro amor! repitió Elisa con espanto.

— ¿Pues no nos amamos, señora?

Elisa guardó triste silencio, y el gran duque de Berg prosiguió:

— ¿No nos amamos por ventura? Quizás V. ve indiferente mi lento martirio y mi amor; pero yo, Elisa, la idolatro con un ardiente frenesí. Es V. mi continuo ensueño, al despertarme veo su imágen, y si muriera, en el sepulcro la seguiria amando tambien.

— Monseñor.

— Este amor inmenso, extraordinario, inextinguible, espanta á una muger, Elisa, que inspira el amor sin sentirlo, y despedaza á sangre fria el mas amante corazon.

El gran duque de Berg, fija su mirada en los ojos de la hermosa y cándida Elisa, y como ejercia sobre ella el mismo magnético influjo que Dolores sobre Murat, estaba seguro de su triunfo fascinándola como la culebra al pajarillo. El gran duque de Berg y Cleves habia desplegado aquel dia unos instintos sanguinarios, propios de un tigre solamente, y aquella noche desplegaba la mas esquisita crueldad. No estaba Murat, como hemos dicho, enamorado de la jóven; la habia perseguido hasta entonces por capricho, dejándola bastante reposo para recuperar sus fuerzas, y presentarse de nuevo al combate, mas animoso y aguerrido; pero esta noche parecia dispuesto á ganar todo lo perdido, y á clavar el agudo puñal en el corazon de la víctima. Firme en su propósito, cogió la pequeña mano de la jóven, y reteniéndola sin hacer caso de los desesperados esfuerzos que hacia Elisa para retirarla, prosiguió con amoroso acento, y fijando mas sus miradas en la pupila de la jóven.

—Esta divina mano, Elisa, hace latir mi corazon, como latirá el de una leona cuando la roban sus cachorros. Póngala V. sobre mi pecho. ¿Por qué ese afan por retirarla? ¿Quema por ventura mi uniforme, ó teme V. que la comuniqué alguna chispa de mi amor?

—Monseñor!

—Encantadora Elisa, deje V. su mano como está; siento un bienestar, un consuelo; me está V. haciendo tan feliz.

El gran duque habia colocado sobre su corazón la mano de la hermosa jóven, y proseguia magnetizándola sin darla de treguas un momento se iba apoderando de Elisa una dulcísima languidez muy semejante á la que experimenta el viajero que busca reposo bajo aquellos árboles de América, cuya sombra mata, y Murat la seguia mirando en silencio, como diciendo en su interior: «Esta muger me pertenece.» Cuando juzgó el triunfo seguro, la preguntó con voz amorosa.

—¿Es verdad, Elisa, que me amas?

—Monseñor; murmuró la jóven.

—¿Es verdad, Elisa, que me amas?

—Gran duque...

—¿Es verdad, Elisa, que me amas?

—No puedo negarlo: es verdad.

—¿Y es verdad, prosiguió el gran duque, no queriendo mostrar entusiasmo por no romper aquella cadena magnética que tenia sujeta á la jóven? ¿Y es verdad, hermosa criatura que seremos los dos felices?

—Es verdad, monseñor; es verdad.

—¿Es verdad que los mismos ángeles envidiarán nuestra ventura?

—Los ángeles la envidiarán.

—¿Es verdad que tú serás mía?

—Seré tuya.

—Me amarás siempre?

—Te amaré.

El gran duque ceñía con su brazo el esbelto talle de Elisa, y esta, completamente subyugada, represaba su hermosa cabeza sobre el hombro derecho de Murat.

—¿Es verdad, prosiguió el gran duque, que se enlazarán nuestros brazos?

—Se enlazarán, se enlazarán.

—¿Es verdad que tocarán mis labios tus purpúreos labios de rosa y que beberé en ellos tu aliento?

—Es verdad.

—¿Es verdad que me consagrarás tu vida?

—Es verdad.

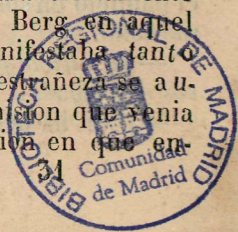
—¿Es verdad que me sacrificarás.....

La puerta se abrió con estruendo:

—¡Una muger!: exclamó Elisa.

—¡Dolores! exclamó Murat.

Tan admirada como los dos quedó la enérgica Dolores, pues no esperaba ciertamente encontrar al gran duque de Berg en aquel sitio ni de un modo que manifestaba tanto abandono y confianza. Esta extrañeza se aumentaba, considerando la comisión que venía á desempeñar allí y la situación en que en-



contraba á la legataria del difunto. Su indignacion fué tan violenta, que estuvo inclinada á salirse sin proferir una palabra, pues temia cumpliendo su encargo esponer la memoria del muerto á la befa de dos personas tan perfectamente avenidas. Este impulso de noble orgullo cedió á una reflexion mas lenta, y en cierto modo al justo deseo de acibarar en algun tanto la dicha de aquella pareja. Tomada su resolucion, se adelantó con paso firme, paseó su mirada de fuego por toda la estancia, la detuvo un momento en Murat, que bajó los ojos al suelo, y clavándola despues en Elisa, que se cubria el rostro con las manos, djo con acento solemne.

—*El capitan don Luis Daoiz ha perecido defendiendo la independencian nacional, y herido por cien bayonetas francesas...*

—¡Luis ha perecido! exclamó Elisa apartando las manos de su rostro pálido y bañado en lágrimas.

—¡Daoiz ha muerto! exclamó Murat, quedándose petrificado.

Dolores se acercó mas á Elisa y poniendo el pañuelo en sus manos prosiguió con el mismo tono.

—*Su última palabra fué, á ella; dando para vos este legado.*

—¡Luis ha perecido! volvió á esclamar Elisa.

—¡Daoiz ha muerto! repitió Murat.

Dolores echó una mirada de desprecio sobre aquella aterradora pareja, que tan poco valia á sus ojos, y los dejó á ambos entregados á sus remordimientos y vergüenza.

A la salida de Dolores cobró algun aliento el gran duque, y se dispuso á consolar á su afligida compañera.

—Elisa, dijo con voz dulce; procure V. irse reanimando.

—Ha muerto Luis, replicó Elisa.

—Pero al menos.....

—Silencio, gran duque. Aun resuenan aqui las palabras de esa muger que parecia la inflexible justicia de Dios. *El capitán don Luis Daoiz ha perecido defendiendo la independencia nacional, y herido por cien bayonetas francesas: su última palabra fué, á ella: dando para vos este legado. Dando para mí este legado que no me atrevo á descubrir.*

—¡Elisa!

—Este legado que me aterra.

Elisa daba vueltas al fat al pañuelo, mirándolo con timidez, pero á n otar algunas manchas.

—¡Su sangre! exclamó, y desgarrándolo volvió á exclamar fuera de si.

—¡Su sangre, su sangre; Dios mio: y empapado en su noble sangre el marchito ramo

de lilas que arrojé al gran duque de Berg el día de su entrada en Madrid. Este ramo fué la esposicion de un drama sangriento, como él dijo: este ramo es el desenlace, y será mi eterno tormento.

—Elisa, murmuró Murat, tan aterrado como ella.

—Huid de mi presencia, gran duque, y mi maldicion os persiga.

Murat salió de aquella estancia en el mismo instante que Elisa caia desmayada sobre la alfombra.

Al cruzar la antesala el gran duque, un anciano le cerró el paso; pero rechazándolo con violencia prosiguió agitado su camino. El anciano, ciego de ira, penetró en el salon, y viendo á la jóven desmayada la sacudió dos ó tres veces con brutal enojo y violencia. A tan terribles sacudidas abrió Elisa sus grandes ojos y murmuró desfallecida un melancólico

—!Padre mio!

—¿Quién ha salido de aqui Elisa? preguntó el anciano irritado.

—El gran duque de Berg y Cleves: murmuró la jóven.

—¿A qué ha venido?

—Padre mio.

—¿A qué ha venido? ¿No respondes?

—Padre mio.

El anciano, que tenia cogido el brazo de su hija, la suspendió y dijo:

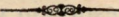
—Mis canas cuentan sesenta y seis años de honra: mi apellido era en todas partes emblema de antigua nobleza y de virtud. Tú lo has deshonrado; tú has puesto un sello de infamia: recibe mi desprecio y mi maldicion.

El anciano empujó á su hija, que murmuró con voz doliente.

—Tambien tengo su maldicion.



CAPITULO XXXV.



La noche del sacrificio.

La solemne palabra empeñada por el gran duque de Berg y Cleves, lugarteniente del emperador, mariscal de Francia y generalísimo de sus ejércitos en la Península á dos individuos de la junta, ante numerosos testigos, debia ser como tantas otras, -y por lo mismo no cumplirse en ninguno de sus extremos. No contento con las tropelías, asesinatos y allanamientos que habian cometido sus generales, sus oficiales y soldados, quiso cumplir religiosamente la palabra que habia dado á Moncey de equilibrar pronto las pérdidas y que tuviera ejecucion el párrafo tercero de su sangui-

naria orden del dia. Pero queriendo amalgamar lo hipócrita con lo arrogante, y lo misionero con lo verdugo, dió una proclama á los españoles en la noche del mismo dia, que debia ser el complemento de aquella ridícula farsa. (1)

(1) Valerosos españoles: el dia Dos de Mayo, para mi, como para vosotros, será un dia de luto.

Nuestros comunes enemigos, habiendo primero provocádome de modo que debian apurar mi paciencia, han concluido escitando una porcion del pueblo de Madrid y de las comarcanas aldeas á tales escesos, que al cabo me ha sido preciso usar la irresistible fuerza fiada á mi mando.

Con repetidos informes me avisaban de los esfuerzos de los mal intencionados; pero todavia ponía todo mi conato en persuadirme á que nadie turbaria el público sosiego. Estaba prevenido para todo; pero esperanzado de que unian supérfluas mis precauciones.

Hoy por la mañana ha reventado la mina que anunciaba de antemano una muchedumbre de indicios; que se habia preparado con libelos incendiarios, y con todos los medios con que se consigue descarriar el populacho.

El anuncio del golpe fué la salida de la Reina de Etruria y el infante D. Francisco, llamados á Bayona por el Rey su padre.

Un edecan mio, que se hallaba á la sazón en palacio, se ha visto á pique de perecer por mano de los sediciosos, y al mismo tiempo en todos los barrios de Madrid asesinaban á los franceses que encontraban solos.

Al fin tuve que dar órdenes para castigar tan enormes atentados.

Con muy poco tiempo ha bastado para castigar á los culpados y restablecer la quietud.

¡Con cuán horrible júbilo habrán visto los enemigos de Francia y España un dia, en que unos franceses generosos se ven obligados á herir á españoles seducidos! Los comunes enemigos de ambos paises continuarán esforzándose á conseguir nuevos triunfos no menos horribles en otras partes de este hermoso reino. Pierdan pues tan funestas esperanzas por mi franqueza y vuestro sano juicio.

En esta proclama se tocaban los mas encontrados extremos, se desfiguraban los hechos y las causas que los motivaron, y se abusaba pérfidamente de la buena fé castellana. Meditando su contenido, era lo natural creer que pacificada la villa y *castigados los culpados*

Valerosos españoles: yo os voy á hablar con claridad sobre un acontecimiento, que no puede ser mas sensible para vuestros pechos, que lo ha sido para el mio, y al mismo tiempo quiero esplicaros vuestra situacion.

Cárlos IV y su hijo están ahora reunidos en Bayona con el emperador Napoleon para arreglar la suerte de España.

El emperador no ha querido esperar al último resultado de tamaña decision para hacerlos saber los afectos que le animan en beneficio de una magnánima nacion, que quiere preservar de crisis revolucionarias, y llamarla para que ella propia elija las instituciones políticas que mejor á su indole se adapten.

Os asegura desde luego, y me encarga que os repita yo, que quiere mantener y afianzar la integridad de la monarquía española; que esta no será desmembrada ni de la mas corta posicion de su territorio; que no perderá ni siquiera una aldea, ni sufrirá ninguna de las contribuciones que autorizan las leyes de la guerra á cobrar en pais conquistado, pero que solo los mal intencionados pueden suponer aplicables á uno aliado.

¿Y no os reunireis, valerosos españoles, conmigo para estorbar que los malévolos turben tan feliz perspectiva?

No quiero suponer que seais capaces de ceguera tal, que os dejéis alucinar con las sugerencias de villanos agitadores, que os conducen á vuestra ruina.

Cuando se trata del público sosiego, ¿no es acaso el interés del ejército que yo mando el mismo que el de todos cuantos tienen dignidad y caudales que conservar? ¿No los amenazan tambien los disturbios de la muchedumbre que insulta á la magestad de las leyes?

Caballeros, propietarios, comerciantes, fabricantes, emplead el influjo que teneis para evitar toda especie de sedicion. Esta magistratura es un derecho y una obligacion de vuestra gerarquía en el orden social.

Ministros de la religion, vosotros estais mas obligados todavia á impedir los estravios del pueblo, porque conoceis los se-